

ENDOGAMIA

(CUENTO)

IZRAEL TRUJILLO*

Dejamos la luz de mi cuarto encendida hasta altas horas de la noche, las ventanas de los dormitorios dan a la calle y los vecinos se han acostumbrado a imaginarme sobre un equipal de cuero perdiendo el tiempo y la vista en novelas de amor para jubilados.

La casa es heredad de mis padres. Mi hermana y yo nos hemos resistido a cualquier modificación que mutile los recuerdos arraigados en las paredes. Las habitaciones se encuentran alrededor del patio. Al lado izquierdo del portón están nuestros dormitorios, alguna vez ocupados por los responsables de nuestro nacimiento. No dormían juntos, los encuentros amorosos se realizaban en la alcoba de mi madre donde no tenían cabida las preocupaciones económicas y políticas; o, como decía mi padre, era el tálamo vedado al mundo. Ni siquiera nosotros, sacrificando horas de sueño, logramos verlo traspasar el quicio de la puerta para rendir culto a sus cuerpos. A la luz del sol era difícil adivinar el motivo de sus eternos regocijos, pero intuíamos que

* Izrael Trujillo (Yajalón, Chis., 1969) es profesor de Creación Literaria en el Centro Regional de Cultura de San Cristóbal Ecatepec, Méx. Ha publicado el poemario *Semilla robada*, en 2001. Sus poemas han aparecido en diferentes publicaciones y antologías, como en la *Segunda antología de poetas de Tierra Adentro*.

emanaban de las devotas incursiones al paraíso compartido tras de aquellas cortinas color durazno. La sonrisa de mi madre no se veía nunca modificada por el día de la semana que marcara el calendario y el adusto carácter de mi padre siempre se rendía a escasos metros de la mujer que amaba.

Un claro reflejo de su relación lo fue siempre el jardín de la casa. Aun en invierno los pasillos se mantenían templados gracias a las rejillas multicolores que formaban las bugambilias. En las esquinas, grandes macetas contenían agapantos, acacias, violetas o verbenas; de las columnas colgaban guías de campanillas azules, trompetas y canarias. Bastaba que alguno de los dos enfermara por unos cuantos días para que las flores resintieran el desequilibrio. Al regresar de la escuela nosotros nos esforzábamos regando y podando lo que fuera necesario, sin embargo, el microcosmos pertenecía a ellos, no se daba a otras manos que no fueran las suyas. Por suerte, para todos, ninguna enfermedad duró lo suficiente para que el paraíso familiar se viera colapsado. El trabajo de mi padre no le impedía llegar con ánimos a la casa para pasar del comedor al patio acariciando con la mirada las plantas y las flores que, a su parecer, guardaban algo de las manos de mi madre. Ella no perdía el tiempo recogiendo la mesa o lavando los trastes; eso siempre podía esperar, prefería sentarse sobre una mecedora a tres pasos de su dormitorio dejando que la tarde y el deseo de mi padre le cayera encima tan despacio como se oculta el sol para que los girasoles dejen de perseguirlo.

El jardín se encontraba cerrado a las escasas visitas que llegaban. De vez en cuando, los asesores financieros de mi padre eran recibidos en el despacho, ubicado a la derecha de la entrada, mi madre cruzaba desde la sala hasta el estudio equilibrando una charola con copas y una botella de porto que mi padre guardaba para acompañar los negocios. Las entrevistas no iban más

allá de veinte minutos y aquellos hombres, vestidos regularmente de negro, se veían obligados a partir disimulando su sorpresa ante aquel estallido de colores en el centro de la casa. Algo parecido ocurría con las mujeres que procuraban sus respetos a mi madre, entre chismes y golpes de pecho expurgando la debilidad ajena, insertaban frases queriendo doblegar el celo de mi madre por aquel espacio que no conocía llave verbal que le penetrara. “Tienes que enseñarme tu jardín, es casi un museo, pero tengo que verlo de cerca porque las bugambilias, aunque envidiables, te privan de mucho”, “Ese olor, ese olor, ¿qué es? me confundo entre las gardenias, los huele de noche y..., y..., no sé que otra, tienes que enseñármela.” Mi madre levantaba su taza de café escondiendo tras de sus bordes una sonrisa que nada tenía que ver con aquella conversación; una sonrisa que había aprendido entre sus flores, las sombras y las manos de mi padre.

Cada año las obligaciones fiscales requerían la presencia del patriarca en la capital. Al principio, el viaje lo realizaba solo. Conforme tuvimos edad para cuidar la casa, los preparativos para la travesía se duplicaron. Pronto nos ganamos su confianza, tres días bastaban para ordenar los pendientes y volver al jardín que les extrañaba tanto como nosotros. A su regreso las maletas se encontraban atiborradas de presentes: trajes, camisas, discos, libros para mí; revistas, blusas, vestidos, zapatillas para mi hermana y claro, dos o tres cajas con retoños de nuevas plantas que no tardaban en aclimatarse, así hubieran llegado de lugares tan extraños como sacados de una enciclopedia. No sé cuantas generaciones de margaritas, geranios o rosas pasaron, el bordado multicolor nunca cesaba, mi voz cambió, mi espalda se hizo ancha, mis mejillas alardeaban de una barba cerrada que mi padre gustaba de jalar al tenerme a su alcance. Pero no fui el único que se transformó, los ojos de mi hermana se tornaron botones a punto de reventar, en su pecho frutos de azahares

maduraron, su vientre se hizo firme como tierra bronca que sólo es removida desde adentro y entre sus piernas un alcatraz se abrió a todo sueño, a todo tiempo.

Nada tocaba la carne de mis padres. Las hojas se vestían de café y se entregaban a fecundar el tallo de otras vidas, mientras ellos se perpetuaban en un huerto cerrado; en un paraíso donde la desnudez de sus deseos no temblaba mordiendo a diario manzanas para celebrar, en la inmovilidad de la noche, la fiesta de sus cuerpos.

Eso pensaba yo, hasta que un día no hubo cajas con retoños que añadir al jardín, ni maletas con obsequios, ni pechos tibios para abrazarlos al regresar del viaje. Dos hombres se presentaron por la tarde, apenas unas horas después de que mis padres partieran, para explicarnos, con la frialdad que les dan los años de servicio, los trámites burocráticos que debían seguirse. No fue necesario platicarlo, mi hermana y yo sabíamos lo que les hubiera gustado y así lo hicimos. A pesar de las protestas de algunos familiares los velamos a puerta cerrada. Colocamos los féretros en medio del patio, entre cepas enanas, alhelíes y limoneros; sin llantos, sin estertores que confundieran el canto de los grillos ni veladoras que pudieran enrarecer el aroma de las flores.

De esto, hace ya tanto tiempo. El duelo se quedó incrustado en nuestras mentes, como un basilisco por todo vegetal en nuestras almas. Los cuartos de mis padres no volvieron a abrirse. Mi hermana se hundió en una depresión que le devastó la salud en pocos años. Por única ocupación aseaba nuestras recámaras, los patios, la sala y la cocina evitando acercarse al estudio de mi padre. Al tiempo que las guías se secaban, las venas, en la piel de mi hermana, se declaraban cada vez más, como raíces que perdieran la savia negándose a desaparecer, petrificándose sobre la superficie de un desierto condenado a guardar troncos

secos como un hijo muerto dentro del vientre. Su voz tomó el áspero timbre de la tierra que se agrieta bajo la tristeza de saber que se han mudado las hormigas y que los grillos viven en silencio vaticinando la última hoja prendida a la enramada. No esperábamos frutos. La higuera también dijo adiós, el viento fácilmente fracturó su cuerpo dejando que el sonido recorriera los rincones de la casa y se quedara grabado en las paredes. Desde entonces tengo la sensación de que las letras en los nombres amados y en el nombre propio son como huesos, como ramas que llega a quebrar el viento. En la debacle algo nos hermanaba, la higuera no derramaría más lágrimas blancas al desprenderse de sus frutos, los pechos de mi hermana no darían leche materna y yo, yo... había perdido el sentido de la semilla perlada de la vida.

Reaprendimos a hablar, a guardar silencio, a caminar por los pasillos que rodeaban al jardín hundido en el pasado. Reaprendimos a dejar el mundo del otro lado de las puertas que nos protegían del tiempo y evitaban que nuestros fantasmas, dolorosamente deshidratados, nos abandonaran. Yo tomé las riendas de los negocios negándome siempre a ir a la capital. Dos veces por semana, durante treinta y tres años, acudí al despacho que perteneció a mi padre para firmar papeles, nóminas o delegar responsabilidades. En ese lapso vi al espíritu de mi hermana transformarse. ¿Cómo explicarlo?, su cuerpo al igual que el mío dejaba ver el paso de los años y la marca indeleble de un golpe que le arrancó, de tajo, su juventud, dejándole la mente sitiada por hiedras, cardos y espinas. Mas bajo aquellos escombros, descansaba el germen de la memoria. Una tarde al terminar la comida, tomó su bordado y fue a sentarse sobre la mecedora de mi madre. No dije nada. Por semanas, al dejar el comedor, repitió la escena. Durante horas, su mano derecha iba y venía mezclando colores sobre un lienzo blanco hasta que el sol se ocultaba.

ba obligándola a posponer su empresa para el día siguiente. Yo la observaba intrigado por los remolinos que estuviera gestando en su interior. Un rayo recorrió mi piel la tarde que la descubrí con la mirada perdida en el espacio mientras su vestido se teñía de púrpura a la altura de sus muslos. Había dejado su costura y arremetía en silencio dando continuos piquetes a su carne, como si con esto se obligara a sentirse viva o a través de las gotas de sangre aliviara la fiebre que le nacía de las piernas. No eran heridas graves, pero sus muslos, al repetirse el acto, empezaban a quedar marcados. Un abrazo, una caricia la devolvían a la calma, a sus hilos, a sus colores. Servilletas y manteles, se fueron acumulando en las gavetas de la cocina, siempre con motivos florales: Bignonias anaranjadas, crisantemos amarillos, banderas españolas.

Los cambios se sucedían mediando entre ellos intervalos de varios meses, tantos, que a mi memoria se le dificulta ligarlos al calendario. De éste, en especial, me acuerdo muy bien porque vino con los primeros calores de ese año. Por lo regular yo era el primero en levantarme para recibir la luz con una taza de café entre las manos. No podría decir que ella hubiera pasado la noche en vela en aquella ocasión, pero al salir de mi cuarto lo primero que vi fue su figura entre los breñales del patio confundándose con las últimas sombras de la noche, el pelo recogido, el rostro sudoroso y las manos escoriadas por las horas de contienda que había librado para limpiar el corazón de la casa. En un rincón fue amontonando hojas viejas que se quebraban con el simple hecho de tocarlas, ramas y raíces muertas arrancadas a la tierra con sus propias manos, cadáveres de pájaros que, buscando comida, habían quedado atrapados en aquella catedral de espinas. Para cuando el sol alumbraba directamente sobre nuestras cabezas; las paredes, columnas y macetas estaban limpias. Fue a la cocina para volver con una cajetilla de cerillos entre

sus manos, se paró frente a la enorme montaña de rastros contemplando una imagen gemela de su alma y le prendió fuego. No mostró la menor intención de ver como se consumían tantos años de rencor; tan pronto se alzó la llama, regresó a su cuarto y no salió de él hasta que pasaron tres días. Yo me quedé escuchando el crujir de las ramas provocado por el fuego, imaginando una oración dicha por aquellos cuerpos, que más de una vez, encontré escondidos entre los caprichos de las bugambilias.

Entregado a la contemplación no di importancia a la humadera, una enorme columna negra se elevó por sobre las paredes de la casa causando curiosidad y temor a los vecinos. Nunca percibí el ulular de la sirena ni el rechinar del carro de bomberos al frenar frente a nuestro domicilio, los golpes que dieron sobre el portón me devolvieron a mi realidad para articular una explicación común a lo que ocurría: “Renovamos el jardín, eso es todo”.

Como en una obertura, las cosas se fueron regularizando, por lo menos viví un tiempo en la bonhomía que te brinda el engaño, o mejor dicho, la ceguera. Yo rendí mi mejor tiempo en los negocios mientras mi hermana se iba recuperando a la par del jardín. En ambos brotaba la vida como la sonrisa en un hombre que se ha alimentado del dolor y de la furia. Verde vida sobre la carne madura, granadas rojas a la altura de las sienes apenas tocadas por las canas. Los colibríes volvieron por las tardes cuando los rayos del sol amamantan los cerezos.

Aletargado en el virtual equilibrio que me rodeaba, fijé mis sentidos en el telón, ignorando el papel que me correspondía en la obra aún por representar. Al darse el siguiente cambio no tuve valor para cuestionarla, su cuerpo, esculpido ahora por lo sedentario de sus labores, tomó por asalto el guardarropa de mi madre. Ropa de casa para regar el jardín por las mañanas, zapati-

llas y vestidos de domingo por las tardes, cuando el sol acariciaba los tejados al compás del péndulo móvil pero muerto de la mecedora. Era doloroso ver su carne oprimida por el recuerdo, encarcelada por el capricho de la mente en tallas menores a la suya. Pero, ¿quién era yo para arrancarla de su valle de paz? En esos días, las noches se volcaron en mí como el juicio de todos los hombres sobre la Tierra. En sueños, rostros desconocidos me interrogaban: ¡Muéstranos el jardín que te ha parido, el que te alimenta!, ¡Muéstranos una flor o un fruto arrancado por tus dedos!, yo alargaba las manos en busca de alcatraces y a punto de alcanzarlos se convertían en muslos humedecidos por el rocío, muslos que temblaban envueltos en fiebre verde hasta empaparse con las lluvias de mayo, mientras la voz de mi madre y de mi hermana resonaban —cigarras enloquecidas— en la ciénega de mi cama “¡Padre!” gritaba yo en busca de ayuda sin más respuesta que la imagen de una semilla hiriendo la tierra desde adentro.

Fueron estas noches y el desasosiego por la salud de mi hermana lo que me orilló a retirarme de la administración, a jubilarme como dicen los empleados y los vecinos. Basta con revisar una vez al mes los estados financieros para mantener la calma, para saber que podemos vivir holgadamente.

El jardín sigue creciendo y en ocasiones siento la necesidad de compartirlo con alguien, de verificar que sus proporciones son las mismas para mí o para cualquier otro, de confirmar que el cielo que corona el patio es el mismo que se ve desde la plaza del pueblo, de probarme que no estoy retenido en el pretérito de mi hermana, en el jardín de su pasado. Pero la idea de recibir a alguien en casa hubiera puesto en riesgo la fragilidad de sus emociones, así que los domingos tomé la costumbre de ir caminando hasta la iglesia para escuchar la misa de mediodía, distraerme un poco perdiendo el tiempo entre los portales y

regresar, nunca antes de las 2, cuando sé que en el comedor me espera un plato de sopa caliente, una copa de porto y el tintineo de los collares de mamá adornando el envejecido cuello de mi hermana.

La fecha exacta la recordarán mejor quienes viven frente a nuestra casa, yo sólo sé que un domingo al regresar de misa encontré los muebles de mi cuarto vacíos de ropa y utensilios. Inmediatamente salí a los corredores en busca de mi hermana y de respuestas. Al igual que en la muerte de mis padres, no hubo necesidad de hablar. Las habitaciones que durante años mantuvieron las puertas cerradas ese día dejaban entrar el olor de las gardenias, de la tierra recién humedecida y el trinar de las aves. Las cortinas, en el dormitorio de mi madre, ondeaban acariciando las motas de polvo que el sol develaba en el espacio. Sobre la mecedora mi hermana sonreía conteniendo el tiempo en su mirada. Bajo las nubes que cubrían ligeramente sus ojos se adivinaba el deseo de que los heliotropos dejaran de moverse. Pasé la tarde contemplando el jardín, repitiendo en mi mente los nombres de las flores, después, al nombre le agregué el color o los colores que le correspondían: Acacias, enzionemas, boca de dragón, anémonas, etcétera. Acacias amarillas, enzionemas moradas, boca de dragón amarillas y rojas, anémonas rosas, etcétera. Y así, hasta que las sombras confundieron nuestros cuerpos entre las ramas de la higuera y las bugambilias. Mi hermana abandonó esa noche la mecedora para refugiarse en el cuarto de mi madre, yo, minutos después, encendí la luz en la habitación de mi padre para apagarla, desde entonces, hasta altas horas de la noche.